



BASUTOLAND (AFRICA MERIDIONAL).—UNA GRANJA.—Reproducción de fotografía enviada por el P. de Marc.

CARTAS DE MISIONEROS

LA MISION DE IMAMURA (JAPON)

El Ilmo. Sr. Cousin, obispo de Nagasaki, al enviar esta carta que ha traducido del japonés, al R. P. Marnas, vicario general de la diócesis de Lyon, añade:

«Uno de los últimos números de *Les Missions Catholiques* anunciaba un donativo de 2,000 francos procedentes de España. Esto ha alentado al P. Houda, que ya empezaba á desesperar. ¡Que esta nueva súplica logre las simpatías y protección de los católicos en la laudabilísima obra de este celoso misionero, al cual me uno para recomendarla de nuevo á vuestra benevolencia»

CARTA DE DOS SACERDOTES JAPONESES AL RMO. P. MARNAS, VICARIO GENERAL DE LA DIÓCESIS DE LYON.

REVERENDO PADRE ESPIRITUAL:

EN nombre de todos los fieles de Imamura, vuestros humildes siervos Gaspar Aoki y Melchor Kirata, inclinándose respetuosamente ante vos, os tributan sincero saludo de agradecimiento.

El sacerdote encargado de la parroquia, reverendo P. Houda, nos ha dicho que desde hace mucho tiempo erais gran amigo del Japón, y que habéis cruzado más de una vez la inmensidad de los mares para ir á visitarlo; que él os ha visto recorrer las numerosas cristianidades de las islas Goto, y tomar nota de cuanto os decían acerca de los lugares visitados y de las personas que los habitaban.

Y recordando precisamente todo esto, no ha mucho

se atrevió á servirse de la mediación de V. R. para pedir á los católicos franceses y á los de tantos otros países europeos, cuyos nombres ignoramos, se dignaran venir en ayuda de los pobres cristianos de Imamura, y ayudarles así á construir la tan deseada iglesia, que tanta falta les hace.

Gracias á V. R., los católicos del mundo entero saben hoy que entre las poblaciones budhistas del Chikugo, hay una reducida colonia cuyos miembros todos conocen y adoran al único y verdadero Dios.

Espanoles á quienes jamás hubiéramos conocido, pero que son hermanos nuestros, pues tienen el mismo Dios que nosotros, han derramado ya sobre nuestro pueblo el rocío bienhechor de sus generosos donativos... Pero ¡ah! sólo ha sido rocío; no la lluvia abundante que hace tanto tiempo están esperando estos secos arrozales, para dar abundante cosecha...

A cuantos se han acordado de nosotros y nos han socorrido con mano pródiga, les damos desde ahora las gracias más expresivas, y cada domingo, acabada la Misa parroquial, rezaremos públicamente por ellos.

Y á aquellos cuyo corazón aún no logró conmover nuestra humilde súplica, y que no oyeron nuestro grito de miseria, les hacemos llegar mil súplicas nuevas.

Queremos levantar al verdadero Dios un templo que no sea la risa de los paganos que nos rodean, los que

nos tienen por intrusos y nos desprecian, por nuestra sacrosanta Religión y nuestra gran pobreza. Y en la imposibilidad de hacerlo con nuestros solos recursos, suplicamos á los que profesan la misma fe que nosotros, quieran ayudarnos.

Los arrozales y los campos que cultivamos son muy fértiles, y seríamos ricos si nos pertenecieran. Pero somos colonos arrendatarios. Nosotros trabajamos, sembramos, regamos, bañadas en sudor nuestras desnudas espaldas, para que luego venga el propietario y se lleve buena parte de la cosecha; y si ésta ha sido escasa, apenas queda nada para nosotros y nuestros hijos.

En vuestros viajes por el Japón, nunca visitasteis Imamura. Quizás ignoráis nuestra historia. Hela aquí, tal como la cuentan hoy nuestros abuelos, á quienes la legaron sus antepasados.

Después del gobierno de Taiko-Sama, bajo el gobierno de los Tokugawa, se dictaron severos edictos contra la Religión cristiana. En cuanto se descubría á quienes la practicaban en secreto, los encarcelaban y procuraban acabar con ellos; el fin era borrar hasta el recuerdo del Cristianismo. Contra los doingos, acusados de Cristianismo ó de suavidad en la represión, se enviaron tropas para reducirlos y desposeerlos. Los que resistían eran tratados como rebeldes: así lo hicieron con el doingo de Shimabara, y como entre sus tropas habían muchos cristianos, su resistencia fué apellidada «la revolución cristiana.» Lo aniquilaron: sus soldados murieron casi todos, y los habitantes de la provincia que escaparon á la muerte, tuvieron que ir á esconderse en provincias más tranquilas. Y de allí vinieron á Chikugo los primeros cristianos, cuyos descendientes forman hoy el pueblo de Imamura. Los fugitivos formaban en conjunto dos solas familias, y continuaron practicando secretamente la Religión católica. Sus hijos, durante los tres siglos transcurridos, se han multiplicado de tal manera, que actualmente el pueblo de Imamura, comprendidos algunos paganos convertidos, cuenta unas doscientas familias cristianas.

Hace treinta años que la persecución ha cesado por completo: antes al que era delatado como cristiano le encarcelaban, haciéndole sufrir los más crueles martirios. Desgraciadamente el caso no era raro.

Un día recibimos la noticia de que habían llegado á Nagasaki misioneros blancos que predicaban lo que nosotros creíamos y practicábamos. Algunos hombres del pueblo fueron á informarse por sí mismos de si aquello era cierto. Convencidos de que las enseñanzas de los misioneros concordaban en todo con la tradición de nuestros antepasados, empezamos á instruirnos para recibir los Sacramentos. Esto sucedía en 1879. Hoy ya no vive ninguno de cuantos en aquel entonces fueron torturados por la Religión.

Entre éstos, había una familia muy rica que se impuso la dura misión de llevar el alimento á los presos y de obtener su libertad á costa de su dinero. Su celo la llevó al extremo de vender cuanto poseía, reduciéndose así á una extrema pobreza que aun hoy perdura.

Cuando varios de nosotros estuvimos en estado de practicar la Religión—pues antes de la llegada de los misioneros la conocíamos poco más que su nombre—el Obispo de Nagasaki nos envió un sacerdote para que

pudiéramos asistir al santo sacrificio de la Misa y participar de todas las demás ceremonias del culto. Para ello era indispensable una iglesia. Y se edificó á toda prisa una casa como las demás.

Pero pronto fué incapaz para contener los muchos cristianos que á ella acudían; y los ensanches sucesivos á que nos vimos precisados, en lugar de consolidarla, la destrozaron de tal manera, que pronto amenazó ruina.

Nadie en el pueblo quiso alquilarnos mejor local donde poder rendir á Dios el debido culto. Por otra parte, los paganos de los alrededores, orgullosos de las *Teras* y de las *Miyas*, consagradas á su *Totaké* y á sus *Kamis*, reíanse y burlábanse de la ruinosa casucha á la que damos el pomposo título de «iglesia del Señor de los cielos.»

Para honra de Dios, de la Religión y también nuestra, precisaba, pues, á toda costa un *Ten shu-dó* (casa del Señor del cielo). Pero cuantos estaban al corriente del coste de las construcciones, afirmaban que para ello eran absolutamente indispensables por lo menos 10,000 *yens*.

¿Cómo hallar esta cuantiosa suma entre nosotros, pobres gentes, que nos vemos obligados, con gran pena, y perjuicio de sus almas, á enviar nuestros hijos y nuestras hijas á servir en casas paganas, por no poderlos mantener? ¿Y cómo dirigirnos á los demás católicos del país, pobres como nosotros, y que además deben consagrar todos sus recursos á las obras particulares de cada pueblo?

Estas consideraciones y muchas otras hacíanse á menudo entre los jefes de familia reunidos para deliberar.

Quedaban mudos, silenciosos, apoyados los codos en la mesa y escondida la cabeza entre las manos, y la conclusión era siempre la misma: «Es imposible.» Entonces nuestro Padre espiritual, el Rdo. P. Houda, tomó la resolución de hacer llegar, por mediación vuestra, nuestro grito de miseria á oídos de todos los católicos del mundo.

Lo cual no ha sido en vano, bien lo sabemos, y aunque nuestros deseos disten mucho de estar cumplidos, confiamos que vuestra benevolencia no se cansará, sino que, paulatinamente, irá decidiendo á muchas almas generosas á interesarse por la pobre cristiandad japonesa de Imamura.

Ni á ellos ni á vos tenemos nada que ofrecer en cambio; pero á todos nuestros bienhechores les prometemos rogar mucho por ellos y por los demás miembros de sus familias, así vivos como difuntos.

Dicho y presentado con respeto y profundamente humillados ante vos.

De la edad *Meyji* el año 41, del 7.º mes el día 28.

Por los católicos de Imamura:

GASPAR AOKI, MELCHOR HIRATA.

ISLAS SALOMÓN MERIDIONALES (OCEANIA)

Excursión apostólica por la isla Tangarara

El Archipiélago salomoniano, uno de los puntos del globo más tardíamente llamados á conocer la Buena Nueva, es actualmente evangelizado, y la mayor parte de sus islas tienen misioneros maristas. Uno de éstos, nos envía desde Tangarara el siguiente interesante relato de una reciente excursión:

CARTA DEL RDO. P. BERTIN, MISIONERO DE TANGARARA,
AL REVERENDO PADRE PROCURADOR DE LAS MISIONES

Tangarara, 1 de Julio de 1908.

HACE algunas semanas fui llamado á casa de un enfermo llamado Antonio. Desde hacía mucho tiempo una enorme llaga le devoraba el rostro, y el pobre hombre empeoraba de día en día.

Partí inmediatamente en el vaporcito de la Estación, acompañado de cinco muchachos y llevando lo necesario para celebrar la Santa Misa. Después de cuatro ó cinco horas de navegación, llegué al pueblo de Nagovani, en donde pasé la noche. Allí me enteraron. La casa del enfermo se hallaba algo más lejos, al fondo de una bahía llamada *Tuvu*, esto es, "pozo."

Muy de mañana dirigíme á ella. Aquél estaba echado sobre una estera: una horrible llaga le cubría la frente hasta los ojos. Tenía pleno el conocimiento y me pidió le confesara. Celebré el Santo Sacrificio en su propia casa para que pudiera comulgar, y luego le administré la sagrada Extremaunción.

Quando me disponía á partir, me dijo:

—A dónde vas ahora?

—Pues vuelvo á Tangarara.

—¿Entonces veniste expresamente para mí, verdad?

—Sí; y lo mismo haría por cualquier otro. He venido á este país sólo para vuestro bien y para estar día y noche á vuestra disposición.

El pobre hombre estaba profundamente emocionado.

—Adiós, le dije; ofrece á Dios tus sufrimientos. Si mueres, irás al cielo.

Desde aquel día empezó á mejorar, y ahora acaban de decirme que está casi completamente restablecido.

De regreso á Tangarara, el timonero del barco, que era el catequista de Nagovani, me dijo:

—Jefe, ¿ves este río (el Oilava)? pues este río se interna muy adentro, y en una de sus orillas se encuentra un pueblo importante; en este pueblo quiso establecerse no ha mucho el ministro anglicano, pero el jefe le respondió que no quería otra religión que la católica.

Como nunca habíamos visitado estos parajes, resolví aprovechar la ocasión.

El Oilava es navegable hasta tres kilómetros de la costa. Al principio todo iba bien y avanzábamos rápidamente á través de las sinuosidades de las orillas vestidas de vegetación; pero pronto dificultaron el paso escollos y bancos de arena. Los remeros tuvieron que echarse al agua más de diez veces para levantar la embarcación. Por fin, no pudiendo continuar adelante, la atamos fuertemente á un árbol y me dispuse á seguir á mi guía á través de los bosques.

Pero el viaje por tierra no era más fácil ni más cómodo que por mar. El camino estaba resbaladizo y obstruido de vez en cuando por espesos matorrales y entrelazados bejucos. Entonces tuvimos que abrirnos paso con ayuda del cuchillo. Fué preciso cruzar torrentes, arroyos y estanques de aguas corrompidas. Para ello subíame á espaldas de mi guía. Esta fatigosa marcha duró algunas horas; caía una lluvia fría, helada, y mi traje manchado y sucio daba lástima de ver.

Por fin llegamos á Kío, pueblo del jefe Mangani, el mismo que despidiera al ministro protestante.

Cubrían el cielo nubes tan densas que debí preguntar:

—¿Dónde está el sol?

—Se esconde entre las olas, me respondieron.

—Pues entonces debemos pasar la noche en el pueblo.

Entré en la casa del Jefe y le encontré blandamente reclinado en la estera, mascando betel. A su lado otros dos indígenas fumaban sendas pipas.

Sentéme en un montón de leña, y después de haber tomado aliento, le dije á Mangani:

—Jefe, he oído hablar de ti, y me han dicho que quieres abrazar la Religión católica; á este objeto he venido.

Mangani no se movió ni respondió palabra. No es hombre que se deje engañar ni seducir; un *Salomón* de su talla no se decide sin madura reflexión.

Dejando, pues, á Mangani que reflexionara, puse tranquilamente á secar mis vestidos; la lluvia seguía cayendo á torrentes.

Era ya avanzada la tarde y aún no había tomado nada desde la mañana. Por fin me ofrecieron tocino con ñames. Comí con apetito y bebí con la caña de bambú en que guardan el agua en las casas.

El Jefe había enviado á buscar las gentes del pueblo; pero la lluvia impidió venir á muchos. Los niños fueron los primeros en llegar y en familiarizarse: en cuanto me vieron pidieronme *Marias*, esto es, medallas. Para complacerles les distribuí algunas.

Habló luego el Jefe y me dijo:

—Aún no todos están dispuestos á abrazar tu Religión; los que sí, irán á construirse un pueblo cerca de la desembocadura del río, á fin de que no te sea tan fatigoso visitarles.

Y debí contentarme con esta promesa. Despedíme de cuantos se hallaban presentes y me dispuse á partir.

El tiempo había mejorado; pero la lluvia había convertido los caminos en charcos y lodazales: para la marcha tuve que descalzarme. Nos sorprendió la noche y perdimos más de diez veces el camino. Por fin, después de largo chapoteo y desgarradas carnes y vestidos, gracias á las espigas de los bejucos, llegué á donde estaba la barca.

Nos dejamos á merced de la corriente y en menos de una hora ganamos la desembocadura del río; entréme en el pueblo vecino y pronto encontré una estera y una manta para pasar la noche.

Los días siguientes continué mi excursión por los pueblos, celebrando Misa en capilla distinta cada mañana, bautizando pequeñuelos y confesando á los católicos que se presentaban.

La mayor parte de estos cristianos están llenos de buena voluntad; pero ¡ah! nos faltan catequistas. En esto los protestantes llevan sobre nosotros mucha ventaja. En Guadalcanar somos diez Padres, los protestantes sólo tienen un misionero blanco; pero el número de sus catequistas es diez veces superior al nuestro; ésta es la razón de sus éxitos.

¿Cuándo tendremos, pues, auxiliares catequistas? ¡Ah! ¡Los neófitos en general no comprenden que uno de sus deberes es ayudarnos á convertir á sus hermanos! Para ello precisan, ante todo, fervientes súplicas, las cuales encenderán la llama del apostolado en el corazón de los indígenas, y después, como siempre, recursos suficientes para sostener la obra de su formación.

¡Ayúdenos los generosos católicos á convertir estas islas en florecientes cristiandades!

NOTICIAS VARIAS

Belén.

Descubrimiento curioso.—En las excavaciones practicadas últimamente en el cementerio católico de Belén, acaban de encontrarse trece pequeñas campanas metálicas y una especie de órgano hidráulico formado por 250 tubos. De la Memoria escrita por el R. P. Pablo Cheneau, se deduce con bastante probabilidad que dichos objetos se remontan á mediados del siglo XIV, si no datan de fines del siglo XIII, y que posteriormente los Religiosos Franciscanos, obligados por las frecuentes persecuciones de los griegos y cismáticos, debieron ocultarlos en aquel sitio para conservarlos con más seguridad. Que estos objetos estuviesen desde su principio dedicados al culto, se deduce claramente por la inscripción en árabe que lleva una de las campanillas, y que el citado autor ha traducido así: *Ofrenda de los cristianos al muy grande y muy buen Dios, á Jesucristo, á la Virgen Inmaculada.*

De resultar ciertas las fundadas suposiciones del P. Cheneau, se probaría una vez más la antigüedad del órgano y de las campanas en la liturgia eclesiástica, ya que vemos aquél y éstas empleados en el santuario de la Natividad en Belén, desde que allí se establecieron los Religiosos Franciscanos.

Estados Unidos.

La Iglesia y los negros.—Al mismo tiempo que en el reciente Congreso Católico de Chicago se daba un nuevo impulso á las Misiones entre los negros, aparecía esta nota de aprecio en favor de la Iglesia en el *Enterprise*, órgano de la raza, que se publica en Omaha, Neb.

«Por muchos años hemos pensado que el Negro obraría con cordura si se acogiera al amparo de la jurisdicción de la Iglesia católica. Y pensamos así, porque esa Iglesia ofrece protección al Negro, protección que él parece incapaz de conseguir de toda otra organización del país. En todos los Estados del Sur, esta Iglesia ha sido su guía y escudo. En la capital del país, donde los colegios de la raza blanca ponen una barrera contra otras razas, la Universidad Católica de América constituye la única excepción gloriosa. Y lo que es más, los católicos son leales á los de su profesión. Los católicos tienen por divisa servir á los desvalidos y oprimidos; apoyar con el poder de su cultura y experiencia á los desamparados, y levantarlos á una esfera de más alta utilidad. Esa Iglesia ha levantado hospitales y asilos para el mantenimiento y cuidado de los pobres; y donde otras instituciones de la misma clase han hecho distinciones contra la raza negra, las Hermanas católicas le han tendido la mano de la compasión. Esta práctica tan benéfica ha sido de grande alivio al Negro, porque él más que ninguna otra raza ha necesitado socorro en nuestro país. Las puertas de la Iglesia se nos abren de par en par; sus hospitales están abiertos á nosotros, y también sus escuelas. Mientras andamos buscando una salida del desierto de obstinación y encono, no nos olvidemos de la Iglesia católica.»

Monja heroica.—La Hermana Marcela, que por cinco años ha estado al frente del departamento farmacéutico del Hospital de San José, en Baltimore, ha ido á juntarse á la pequeña comunidad de Hermanas de Caridad que tienen cuidado de los leprosos cerca de Nueva Orleans, resuelta á emplear el resto de su vida en cuidar y aliviar á las víctimas de la enfermedad más temida. En aquel hospital de leprosos hay 66 enfermos, cuidados por 6 Hermanas de Caridad.

Un Santo de California.—En el colegio de Santa Clara, en California, se reunió el 18 de Noviembre un tribunal eclesiástico para examinar la evidencia de los milagros del P. Magín Catalá, uno de los primeros misioneros Franciscanos de California, que trabajó en la Misión de Santa Clara desde el 1794 hasta el 1830. Se dice que hay no pocas evidencias del poder sobrenatural que poseía.

Colombia.

También en Colombia hay Jacobinos.—El Primado, Arzobispos y Obispos de Colombia, en vista de los ataques que, obedientes á la consigna de las Logias masónicas, hacen los sectarios de aquella república á las Comunidades religiosas, han publicado un solemne documento, dirigido al clero y á los fieles, condenando los impresos que las combatan, manifestando la perversidad con que se oponen á que inmigren personas religiosas que van á trabajar por la educación y moralización del pueblo, mientras proclaman las ventajas que allí se obtendrán de la concurrencia de emigrantes. A aquellas descaminadas inteligencias y malignos corazones nada dice la heroicidad que dichos Prelados recuerdan del Capuchino que vió morir á quince de sus compañeros de Misión en la Goajira, ni de los demás Religiosos que están dispuestos á morir con no menos abnegación en climas deletéreos, en donde si la perfidia sectaria los tolera, es porque allí no irían otros.

Tibet.

Viaje del Dalai-Lama.—Sabido es que en las últimas semanas de su vida el Emperador de la China había llamado á Pekín al Dalai-Lama, el gran sacerdote budhista, que no suele abandonar nunca su residencia de Lhasa, en el Tibet. Con esta ocasión recordaron varios periódicos chinos que el caso tenía un solo precedente, y que aun se trataba entonces de un viaje imperiosamente impuesto.

Durante el año 1779 el anciano soberano de la China manifestó al Dalai-Lama sus deseos de recibirle en Pekín, ya que su mucha edad y los achaques inherentes á ésta no le permitían emprender el viaje á Lhasa. Esta misiva, aunque disfrazada bajo la forma de un respetuoso ruego, fué un mandato, al cual ni el Dalai-Lama ni sus consejeros se atrevieron á oponerse. Por otra parte los ingleses, movidos por fines políticos, pusieron toda su influencia á fin de inclinar el ánimo del «papa asiático» para que emprendiese aquel pesado viaje, ofreciéndole para su mayor seguridad hacerle acompañar por una persona de su entera confianza.

Al ponerse por fin en camino el Dalai-Lama, notó que quedaban cumplidas con exceso las promesas que le había hecho el Emperador; por doquier pernoctara, la comitiva encontró hermosos palacios dispuestos para albergarla; numerosas tropas bajo el mando de renombrados generales vinieron á su encuentro, y los regalos que recibió el Dalai-Lama durante el viaje igualaron por su valor y singular hermosura á los fabulosos tesoros descritos en las «Mil y una noches.» El, en cambio de tantas pruebas de veneración, regaló á sus visitantes una hoja de papel en que se veía la huella de su mano, humedecida previamente con azafrán diluido.

Al llegar á Pekín bendijo al Emperador y á los hijos de éste, poniéndoles su mano desnuda sobre la cabeza; pero no tocó las testas de los altos empleados palaciegos, sino con la mano envuelta en un paño de seda. Los demás visitantes tuvieron que contentarse con el ligero toque de la cañita que el gran sacerdote llevaba en la mano. Uno de los ardientes deseos del Emperador era verse iniciado en los misterios de la religión. El Dalai-Lama accedió, y en una visita de tres horas recitó ciertas máximas religiosas que el soberano había de repetir en alta voz.

No tardó tampoco el Lama en hablar de un asunto político, con lo que quedó explicado el vivo interés que había tomado el gobernador inglés en el viaje del gran sacerdote. «En las

fronteras de mi territorio, dijo, vive un poderoso príncipe ó gobernador que se llama lord Hastings. Su país no es tan vasto como la China, pero es el más poblado del Asia después de ésta; su caballería alcanza el número de 300,000 cabezas. Tengo verdaderos deseos de que el Emperador de la China entable con aquel príncipe las mismas amistosas relaciones que yo mismo tengo con él.» El Emperador se declaró conforme, y hasta prometió escribir á lord Hastings una carta, que le dictaría el Lama, y que éste habría de entregar al gobernador inglés. Pero el proyecto quedó sin ejecutar, porque el Dalai-Lama fué atacado de la viruela negra, á la que sucumbió; sólo sus restos volvieron al Tibet.

AMÉRICA CENTRAL

RELACION DE VIAJE EN LOS RIOS PUTUMAYO, CARAPARANA Y CAQUETA Y ENTRE LAS TRIBUS GUITOTAS

(POR EL P. FR. JACINTO MARIA DE QUITO, MISIONERO CAPUCHINO (1))

CAPÍTULO V.—Noches en las playas.—Peligros



El día 9 de Septiembre, muy por la mañana, dejamos el puerto de San José y continuamos la marcha con bastante pena, puesto que ya se notaba uno menos de los expedicionarios.

En todo aquel día no encontramos pueblo ni casa alguna. La noche hay que pasarla sobre las playas en época de verano, ó en las copas de los elevados árboles en época de invierno ó lluvias. Si toca la del verano, anhela el fatigado viajero echarse en uno de esos arenales á descansar, y sus miembros, encogidos por la rara incomodidad y postura que se lleva en la canoa, recuperan la vida y actividad perdidas.

Mas para pasar las noches encantadoras del verano, los indios construyen admirablemente unos ranchos con el fin de ponerse á cubierto de las inclemencias temporales; y son la ordinaria habitación de todo viajero que anda por estos lugares en dicho tiempo. Por supuesto, es fácil de comprender que así como tales chozas no demandan mucho trabajo, porque su construcción es cuestión á lo más de un cuarto de hora, así también el que las usa no está libre de frecuentes é inesperados percances. Unas veces las silenciosas corrientes de los ríos cambian con facilidad el tendido, pues uno se acuesta sobre arena y se despierta sobre agua. En otras ocasiones el viento toma á su cuenta cumplir á la letra aquello del Evangelio: *Qui edificavit domum suam supra arenam*; porque sopla con tanto ímpetu, que se lleva no sólo la paja, sino también los puntales que la sostienen. *Sed necdum finis*; pues de ordinario, todo esto es precursor de un buen aguacero, y se queda el huésped sin cama, sin casa y con la ropa mojada: es que los elementos *irruerunt in domum illam*, y su ruína no pudo menos que ser muy grande: *et fuit ruina illius magna*.

Sin embargo de todo esto, digo que las noches en las playas del Putumayo, son halagüeñas y encantadoras;

y no porque el viajero se vea contrariado de los elementos, dejan de ser más apetecidas que las del invierno.

Y en verdad; sólo quien conoce estos lugares puede decir con qué desesperación y locura se desea que llegue la noche. Desde que sale el sol hasta que se pone, son horas mortales, que ponen á prueba el valor del mejor guerrero, pues se presentan nubes de mosquitos tan exigentes y molestos, que no hay cantidad de sangre que los satisfaga, ni medio para librarse de ellos. El más á propósito es el abanico; pero al cabo de algunos días casi ni de él se puede hacer uso, porque el trabajo de agitar el aire doce horas no interrumpidas, y repitiéndose esta labor durante diez, quince y más días, es para dejarlo á uno sin movimiento en los brazos y con peligro de adquirir alguna grave enfermedad. Muchas veces, lectores míos, cansado de tanto combatir con aquella clase de enemigos, botaba las armas y metíame en el toldo por ver si así podía tener algún tanto de sosiego y tranquilidad; pero, hasta cierto punto, era peor el remedio que la enfermedad, porque, naturalmente, siendo tan calurosos aquellos lugares, estando cubierto por todas partes (pues si hay alguna abertura, por allí entran los mosquitos), empezaba á sofocarme y sudar tanto, que parecía estar dentro del agua; sucediendo á esto la desesperación, y el tornar á la lid sin esperanza de triunfo alguno.

Después de todo esto, y advierto que es poco lo que he dicho de semejante plaga, y sabiendo que en llegada la noche cesa el trabajo, viene la calma, disminuye el calor y desaparecen como por encanto los dichos insectos, ¿no se harán desear y no será justo decir que son bellas y encantadoras las noches de verano en el Putumayo?

Para terminar este capítulo, diré también algo de lo que pasa en los tiempos de invierno. En esta época, á consecuencia de las grandes riadas, no sólo desaparecen las inmensas playas, sino que quedan sumergidas todas las pequeñas elevaciones existentes en las márgenes del río, y de ahí que el viajero, quiera ó no, y contra toda su voluntad, tiene que pasar el día y la noche dentro de la canoa. Los que ya son prácticos, no

(1) Véase el n.º 324 de *Las Misiones Católicas*. (1908).

olvidan que hay que llevar dentro de la misma canoa una buena provisión de leña seca y otro tanto de arena. Sobre la arena se coloca la leña y se enciende el fuego para preparar la comida. En llegando la noche, se buscan los árboles más elevados, y á ellos, con fuertes bejucos ú otra cosa semejante, se atan las embarcaciones con el fin de asegurarlas y de este modo pasar la noche. Debido á ese modo de dormir, los sobresaltos nocturnos causados por el terror, las desgracias y peligros son tantos y tan frecuentes, que sólo los podrá apreciar quien se haya visto en estas circunstancias.

CAPÍTULO VI.—Yasotoaró.—Un matrimonio solemne.
—Apreciables prendas del general Monroy

Unas ocho ó diez leguas antes de Yasotoaró tiene el Putumayo un pequeño afluente llamado Cuembi, ó Cuimbé según otros; en este afluente, cuyas aguas entran por la banda derecha del Putumayo, existió años atrás un pequeño pueblo de indios, pero en la actualidad no queda sino el nombre y el lugar.

El día 11 de Septiembre llegamos al pueblo de Yasotoaró, sito en la orilla izquierda del mismo Putumayo. Aquí nos reunimos con el P. Santiago, quien se había adelantado desde San José con algunos de la Expedición, por los motivos que ya he mencionado.



J. L. Monroy

Véase la Necrología. — *Misiones Católicas* (1908), n.º 323, pág. 275

Los habitantes de este lugar son de iguales costumbres y dialecto de los ya mencionados. Su población total no pasará de unas sesenta almas. La temperatura ordinaria es de sólo 26° R.

Ahora voy á contarles una triste historia, que estos indios y los de Montepa la recuerdan con mucho enojo, y con razón. Por ella vendrán mis lectores en conocimiento de la inhumanidad de ciertos comerciantes de antaño con estos infelices.

Preguntábanme con mucho interés sobre el motivo de la Expedición; por qué iba yo con soldados; si era para matar á los indios ó á los malos blancos, etc. Yo les satisfacía la curiosidad, procurando llevar la cosa por la parte halagüeña para ellos, contestándoles: es con el fin de favorecer á los pobres indios; pues habíamos sabido que ciertos blancos habían matado á unos güitotos, y era de castigarlos severamente, etc. Luego uno de los más ancianos dijo: «Taita Padre: ¿Y otra vez será ese vapor pasando por aquí?» Yo que ignoraba la causa de esta pregunta, contesté categóricamente con entusiasmo, que sí, y que dentro de poco tiempo verían por el Putumayo lanchas y vapores cargados de ropa, machetes, espejos, chaquira y demás objetos que á ellos les gustan. Entonces mi interlocutor añadió: «Así ya no bueno; mío gente será viviendo mejor otra parte; porque no gusta vapor.» Y preguntando la causa de no gustarle, contestó: «No vis que yevó mío mujera? eyo hijo (señalando á otro indio), robado tiene; y otro gente, robado tiene. Así ¿cómo querer nosotros vapor?» Al oír esto, me puse con detención á averiguar lo que había pasado con ellos, y la historia es como sigue:

En tiempos no muy remotos (pues aún viven quienes presenciaron la cosa) subió un vapor las aguas del Putumayo, y fué para todos los indios, por naturaleza curiosos, ocasión de admirar. Para cebar mejor su curiosidad subieron al vapor, y lo registraban todo, sin poderse dar cuenta de cómo andaba esa mole con tanta velocidad; y á lo mejor, que no empleaban los blancos el canalete ni la palanca para moverla. Pues bien; ¿qué sucedió? Que mientras estaban los indios embebidos en la observación de la maquinaria, el capitán y los demás que convinieron en el crimen, alzaron anclas y se fueron, robando algunos indios é indias, los que luego desembarcaron en uno de los puertos del Brasil, y no se ha sabido de ellos hasta el día de hoy. También añade la historia, que en el momento del conflicto varios indios se botaron al río, salvándose unos, pero otros se ahogaron. ¿Qué les parece de los autores de este crimen? ¡Bendito sea Dios, que tiene preparado el infierno para todos aquellos á quienes la justicia humana no castiga!

Entre esas víctimas inocentes iba también la mujer del indio que decía no gustarle vinieran vapores; y por lo narrado, tenía motivos suficientes de desearlo así. Procuré despreocuparlo diciéndole que los que han de venir no serán tan malos como los otros; pero comprendí que él no se avenía con lo dicho.

Contaré, ahora, asuntos de otra naturaleza.

Para infundir en los indios mayor respeto á las ceremonias que usa la Iglesia en la administración de los Sacramentos, procuraba que asistieran los soldados, oficiales y el mismo General. Sin ninguna repugnancia y con la mejor voluntad accedían éstos á mis deseos:



Dos cafres haciendo fuego para encender el cáñamo salvaje del que han llenado su pipa hecha con un cuerno de buey

BASUTOLAND (AFRICA MERIDIONAL).—EL FUEGO ENTRE LOS CAFRES.—Reproducción de fotografía enviada por el P. de Marc (Pág. 21)

sobre todo el último, que no sólo gustaba de asistir, sino que también se complacía en servir de padrino en los bautizos de los indiecitos, y al acabarse la ceremonia hacíales pequeños regalos: á algunos les daba lien-cillo para que hicieran cuzmas, á otros les regalaba pa-ñuelos, chaquira, espejos, etc. Así era como se hacía querer; y como veían que él mandaba á los demás sol-dados, poco á poco se les fué disminuyendo el temor habido á las armas.

Entre las varias cosas que ocurrieron en la adminis-tración de los Sacramentos, merece especial mención el casorio del indígena Emilio Carvajal con Licinda Cu-lantro.

Al tiempo que yo estaba preparando á los dos con-trayentes, se me acercó el General, y con algo de cu-riosidad dijo: «Padre, ¿y estos indios qué le pagan de derechos?—Espere un momento, le dije, y ya verá lo que me dan.» Luego pregunté á los novios, qué era lo que iban á darme. Entre ellos, y en su dialecto, habla-ron un poco; después se levantó el indio y cogiendo un pollo lo puso en mis manos, añadiendo que me lo daba por pago de su casorio. Como es de suponer, la fran-queza del indio y lo que me dió, fué causa de que el General se echara á la hilaridad. Y yo le dije que aque-llo era lo que regularmente daban esos pobres indíge-nas; pero que lo hacían de buen corazón, y si no paga-ban más, era porque no tenían. Después de todo esto

ofrecióseles dicho señor á servir de padrino, siempre que ellos así lo quisieran; y los novios, sin ninguna re-pugnancia, lo aceptaron: lo cual comprueba que no son aferrados en sus costumbres como los del valle de Si-bundoy.

Llegada, pues, la hora de la ceremonia, vistióse de gala el General; hízose acompañar de los oficiales y al-gunos soldados, y luego se encaminó á la capilla provi-sional, en donde estaban los contrayentes, llamando la atención de cuantos los miraban, por sus raros adornos, tanto en el vestido como en la cara. Inmediatamente procedí á la bendición de dicho matrimonio, y luego celebré la Santa Misa, durante la cual los indios per-manecieron como unas estatuas, sin darse casi cuenta de lo que les pasaba.

Esta solemnidad, como ellos me dijeron, les había gustado muchísimo. Y yo á la vez di las gracias al Ge-neral; pues me agradó esa confesión práctica de su ca-tolicismo, al propio tiempo que manifestaba la bondad de su corazón para con esos seres desgraciados. Pero su generosidad no terminó en lo que acabo de narrar, sino que siguió más adelante, porque al salir de la capilla, á la india le hizo buenos donativos, y á Emilio, que nos sirvió de boga, le dijo que durante el viaje le pi-diera, aparte de la paga, lo que se le antojara; y así fué: el indio pedía lo que más le gustaba, y si lo había no se le negaba. Recuerdo que en cierta ocasión el Ge-

neral se quitó el sombrero de viaje, y en su lugar púsose una cachucha. Esto lo vió Emilio, y se le antojó pedirselo. Inmediatamente se lo dió, añadiendo con gracia: «Casi me arrepiento de la oferta que hice á este indio.»

Ya tendré ocasión de referir otras acciones recomendables de esta buena persona. Ahora entretengámonos en los sucesos siguientes.

(Continuará).

JAPÓN.—«BON MATSURI» O FIESTA DE LOS FAROLES UNA COSTUMBRE MACABRA EN TOKUSHIMA

(Conclusión)



DORI ó baile.—En algunas partes del Japón las jóvenes del lugar, agarradas de las manos recorren las calles entonando algunas endechas en honor de los espíritus, recibiendo en cambio de los vecinos, pasteles de arroz y otras golosinas. En Tokushima, ciudad de 67,000 almas en la isla de Shikoku, lo celebran de una manera muy particular y extraña en el Japón, que por ser muy bulliciosa he dicho evocaba el recuerdo de los días de Carnaval, costumbre tan arraigada en casi todos los pueblos de España.

Por la mañana del día 13 empieza á verse por las calles de Tokushima alguno que otro hombre vestido de danzante ó payaso si se quiere, según la moda del país; pantalón ajustado de colores muy chillones, *kimono* floreado, especie de bata de anchísimas mangas, que por su color y hechura se distingue de la que ordinariamente usan, y tocando el *samisen*, guitarra japonesa de tres cuerdas y sin caja sonora, muy común y agradable para los japoneses, pero verdaderamente monótona y sin gracia para los europeos. En las primeras horas de la tarde los aficionados á la fiesta aumentan: jóvenes, hombres y mujeres, y hasta niños de siete años para arriba, con vestidos lujosos y llamativos y cubriendo su cabeza con un sombrero de hechura diferente, pero que los suele cubrir la mitad de la cara, con el imprescindible *samisen* ú otro instrumento de cuerda, recorren la población seguidos de algunos muchachos y entonando tímidamente algún canto.

Por la noche, los grupos ó comparsas de diez, veinte ó más personas, entre *tocadores* y acompañantes se suceden unos á otros, los que, dirigiéndose hacia el centro de la población, tocando rabiosamente el *samisen*, alguna flauta ó tamboril, hacen que el barullo y animación crezca de una manera indecible. El sordo y monótono ruido producido por tantos miles de cuerdas como se *rascan*, los miles de espectadores en las calles iluminadas, y la presencia de tanta gente divertida, hacen que la exaltación y entusiasmo lleguen á su colmo, y que muchos, hombres, mujeres y muchachos, dejándose llevar del *impetu de su espíritu*, saltan y bailen acompasadamente, de ordinario, sin cuidarse unos de otros; siendo la diversión por largo rato de una multitud innumerable de curiosos.

Antiguamente, y de esto sólo hace unos veinte años, entre los miles de personas que llenaban las calles, eran pocos los que de espectadores no se convirtiesen en danzantes y tomaran parte activa en la fiesta; hoy día sucede todo lo contrario; y esta costumbre extra-

vagante, si se quiere, y típica de Tokushima, desaparece rápidamente de entre las costumbres populares de esta ciudad, y cada año es necesario que los comerciantes, en nombre del pueblo, eleven una petición al jefe de policía, para que permita esta fiesta de origen secular, que á ellos les trae no pequeñas ganancias.

Los *tocadores* son por lo regular voluntarios y de baja condición; sin embargo, la costumbre, sobre todo en otros tiempos, era que algún rico tomase á su cuenta algunos de estos aficionados, cuyos disfraces pagaba, y vistiendo con lujosos y costosísimos trajes de seda á una niña ó muchacha, ésta se ponía al frente de la comparsa y recorrían las calles exhibiendo su vanidad.

Los disfraces consisten principalmente en la especie de bata ancha, larga y de brillante colorido; en un sombrero, de tres formas diferentes, con que cubren su cabeza, difíciles de describir; y en tres instrumentos de cuerda, algo parecidos á la guitarra, aunque también muy diferentes por la forma y sonidos que de ellos sacan.

Origen de esta costumbre.—Mi deseo de llegar á saber el principio de esta costumbre macabra en Tokushima, se ha estrellado ante la ignorancia de jóvenes y viejos: los primeros, por considerarla impropia de los japoneses del siglo XX, la miran con desdén, y hasta la tienen por estúpida; los segundos, sólo saben que es antiquísima y muy popular en esta ciudad, que sus mayores la celebraban con grande pompa, y ahora sólo va quedando una reminiscencia de una tradición gloriosa de tiempos pasados. Yo creo, sin embargo, que tienen el mismo origen que los bailes, que sin tanta algazara y bullicio, se celebran en gran parte del Japón con motivo de la fiesta religiosa del pueblo, y que todos se remontan al principio del shintoísmo. Ni obsta el saber, que la fiesta del *Bon matsuri*, en que tales danzas tienen lugar, es de origen budista, teniendo en cuenta que en el Japón nunca ha habido lucha entre el shintoísmo y budismo, y por el contrario, mientras el budismo admitió sin dificultad las infinitas deidades de Shinto, Kami; éste aceptó con gusto muchas ceremonias y hasta la doctrina del budismo, de que él carecía, viviendo amigablemente, como hoy sucede, y acudiendo á officiar á una misma solemnidad el Kannushi, sacerdote de Shinto, al lado del bonzo representante de Buda.

La leyenda japonesa cuenta que Izanagi, creador del Japón, tuvo tres hijos: el dios de la Luna, que procedió de su ojo derecho; Amaterasu, ó «brillante Dios del Sol», que procedió de su ojo izquierdo, y de quien desciende en línea recta el Mikado; y Susanoo, que procedió de su nariz; dios de carácter violento.

to y malas entrañas, que persiguió é insultó de muchos modos á su hermana Amaterasu, por lo que ésta huyó á esconderse en una cueva dejando el mundo en tinieblas.

No queriendo abrir la puerta ni escuchar los ruegos de los restantes dioses y diosas, éstos se reunieron en asamblea para consultar, y todos juntos se dirigen á la cueva de Amaterasu con instrumentos músicos, y ante ella empezaron una danza. Atraída Amaterasu por la dulzura de la música y ruido de los danzantes, abrió su puerta para enterarse de la novedad, y en este momento un dios le presentó un espejo en que vió retratada su radiante figura, y atraída por ella salió de la cueva, dando la luz al mundo.

Este es el origen del espejo metálico que en todo templo sintoista se ve ocupando el lugar del *Sancta Sanctorum*, y ante el cual hacen los devotos sus reverencias; y aquí también deben referirse los bailes que con más ó menos solemnidad, y por diferentes motivos

se practican en muchos pueblos del Japón, aunque ya se consideran sin carácter religioso. Las danzas llamadas *Kagura*, que en ciertas fiestas del año se hacen en algunos templos sintoistas, remontan su origen y son la tradición continuada de la danza ejecutada por *Ame no Uzume* ante la gruta de Amaterasu. Estas danzas, ejecutadas con mucho arte por jóvenes sacerdotisas, ó vestales de Sinto, cuyo oficio en el templo es asistir en las ofrendas que diariamente se hacen de carne de animales, peces, arroz, frutas, etc., para lo cual se visten de ricos vestidos de seda á la vez que acompañan sus movimientos tocando un diminuto tambor que tienen en la mano, es uno de los espectáculos llenos de novedad, que en determinados días ofrece Kyoto, la Roma japonesa y antigua capital del imperio, á la curiosidad del visitante extranjero.

FR. J. M. ALVAREZ, O. P.,
Mis. del Japón.

NARRACIONES KIKUYUS

PARA COMPLETAR «LAS MEMORIAS DE UN SALVAJE»

por el R. P. CAYZAC, de la Congregación del Espíritu Santo, misionero en el Zanguebar

Recordarán nuestros lectores la interesante serie de artículos del P. Cayzac, que con el título «Memorias de un salvaje» publicamos el año último en *Las Misiones Católicas*. El nuevo estudio del celoso y sabio misionero tiene las mismas cualidades de estilo y artísticos grabados que tan interesante y amena hicieron la lectura de las «Memorias de un salvaje».

I.—Tertulia del domingo



RA un domingo. Había llovido copiosamente todo el día. ¿Qué puede hacer uno, en el centro del Africa, cuando está solo, llueve, hay barro y además hace un frío de mil diablos? Creo que lo mejor es dormir lo más posible. Hice, pues, como quien cena, cerré lo

que llena relativamente las funciones de puerta y lo que podrían llamarse ventanas, encendí la vela, hice un ratito de oración, metí me en la cama, cogí un libro interesante y me puse á leer... ni me acordaba de mis buenos salvajes, tan amables, que hasta llegan á hacerse pesados. Creía estar en París, ó mejor dicho, en el Paraíso.

Gozaba de este dulce estado hacía un buen rato; el agua de la lluvia se filtraba por el techo y caía gota á gota en un aguamanil que estaba al lado de la cama, cantando su argentina y acompasada melodía; había empezado un capítulo interesantísimo y estaba enfrascado en la lectura del mismo, cuando súbita algazara y gritería vino á distraerme de mi lectura. ¿Qué serían aquellos gritos y de quién procederían en hora tan inoportuna? Pronto salí de dudas al recordar una promesa: seguramente eran de mis buenos feligreses que venían á gozar la maldita sesión de linterna mágica que les había prometido para aquella noche...

Tuve que levantarme, cerrar el libro, hacer los pre-

parativos, limpiar los cristales, y aun ir por petróleo, para lo cual me fué preciso salir de casa y mojarme más de lo que quisiera.

Mi mal humor, empero, se disipó pronto al contacto del ruidoso entusiasmo que despertaban las vistas. Cuando la última proyección (un soberbio San Miguel, azul y rojo, alanceando á un horrible diablo de color de pierna de carnero chamuscada) que fué estrepitosamente aplaudida, estaba yo rendido, dispuesto á dormir de un sueño toda la noche.

Apenas había apagado la luz, oí una voz jadeante que gritaba:

«¡Padre, Padre, date prisa; Mogo está agonizando!»

La voz no me era desconocida: era de un gallardo joven, cristiano hacía tres meses. Mogo era uno de sus compañeros paganos, y para darle una prueba de verdadera amistad, el buen muchacho venía á buscarme, sin reparar que era de noche y sin fijarse en el mal tiempo que hacía, que era de los más pésimos que se pueden imaginar.

Ante tal acto de fe por parte de un cristiano de tres meses, no me era lícito en manera alguna ceder á la poderosa tentación de quedarme en cama. Vestí me con presteza, contento de poder estrenar unas botas que hacía más de un año yacían abandonadas en un rincón de la casa, esperando ocasión favorable. Como estaba provisionalmente desprovisto de paraguas, púseme una chupa encima del chaleco, chupa bien caliente y de mucho abrigo, que un tiempo fué negra y que hoy de puro vieja es verde; y calándome el sombrero hasta las orejas, provisto de largo y recio cayado en que apoyarme para detener el impetuoso arranque de mis botas resbaladizas, me lancé á la calle. Seguía tranquilamente á mi guía, que llevaba una linterna, más

para ahuyentar las hienas y los leopardos que pudieran salirnos al paso, que para alumbrar el camino. A la luz de la linterna destacábase perfectamente la inmaculada blancura de la larga camisa que había prestado á mi acompañante para que le sirviera de impermeable; á falta de pan, buenas son tortas.

A vuelo de pájaro, la casa del enfermo no estaba muy lejos. Pero, desdichadamente, los hombres no tenemos alas; así es que, no pudimos emprender el viaje á vuelo, antes al contrario, tuvimos que descender paso á paso la colina, que por cierto es muy abrupta, vadear el torrente, que oíamos bramar enfurecido por la crecida de las aguas, y escalar otra colina, no menos escabrosa que la primera. En tiempo seco, hay caminos; pero entonces no había sino arroyuelos. Seguir, pues, aquéllos se hacía imposible; con mucha fatiga tuvimos que abrirnos paso por entre los matorrales. Para mí era casi un placer aplastar zarzas y espinos con las botas nuevas; no así para mi pobre guía, que iba descalzo, y además ponía gran cuidado en no rasgarse la camisa. ¿Qué os figuráis? ¡Era la camisa del Padre!... Y pensar que todos los demás camaradas de Mogo, paganos como él, se estaban en aquella hora bien abrigaditos en sus casas, sentados á la lumbre, contando historias, ó bien en la cama, forjando sueños dorados, y sabiendo que su compañero se moría, ¡se preocupaban tanto de él como de una cabra enferma! ¡Ah! ¡Verdaderamente hay algo extraordinario en aquellas gotas de agua bautismal que se derraman temblando de emoción sobre la cabeza de un salvaje!

Vadeamos el torrente por medio de un tronco de árbol dispuesto á manera de puente. El guía pasó con elegante agilidad; sus pies apenas tocaban el resbaladizo madero. ¡Pero con botas era locura intentarlo! En aquella ocasión no pude menos de confesar que la civilización no siempre es superior á la... incivilización. Sentéme en el tronco como quien monta á caballo, y á saltitos gané la opuesta orilla. Lo importante era llegar. Entonces mi acompañante me hizo una proposición que no pude aceptar. Quería detenerse un cuarto de hora para ir al pueblo á buscar los rosarios, que se les habían olvidado. Le objeté que dado el tiempo que hacía, en rigor podía rezarlo valiéndose de los dedos, y que la presencia de rosarios no era absolutamente indispensable para la validez del Sacramento que íbamos á administrar. Díjele que, al contrario, tenía que guiarme por el camino más corto y más directo posible.

La subida no fué mucho más rápida que la bajada que acabábamos de hacer; pero por fin, llegamos, sin otros accidentes que algunas caídas y rasguños poco profundos.

Mogo estaba enfermo hacía tres meses. Pocos días antes de enfermar había hecho un voto, como Clovis en el campo de Tolbiac, pero en circunstancias algo distintas. Habiendo percibido su salario (una moneda de plata) por ocho días de trabajo, dirigióse á su casa más contento que un millonario. Al vadear el torrente de que no ha mucho os hablaba, se le cayó la moneda al agua, y habiéndola buscado inútilmente por espacio de media hora, en su desespero hizo esta promesa: «Si el Dios del Padre me devuelve mi tesoro, pediré el Bautismo.» Y, dicho esto, sumergiendo de nuevo la mano en el agua, dió con la deseada moneda. El mismo Mogo

fué quien me lo contó, y no veo qué interés pudiera tener en inventárselo. Desgraciadamente, la enfermedad le había impedido cumplir su propósito; pero, como veis, tenía cierto conocimiento de la Religión.

El origen de la dolencia lo atribuía como siempre á causas misteriosas. Riñó con uno de sus hermanos, la riña fué sangrienta, ambos habían olvidado ofrecer á los Espíritus el sacrificio expiatorio requerido por la costumbre. La enfermedad era el castigo de esta negligencia, y todo el mundo temía un desenlace fatal.

A pesar de la lluvia y del mucho frío, el pobre enfermo había sido sacado fuera de casa. La necia superstición que acecha á estos infelices salvajes en todos los pasos de su vida, les persigue desapiadadamente hasta el último suspiro: les está severamente prohibido morir en casa, ni en la suya, ni en la ajena. Es preciso que mueran fuera de toda habitación, en el bosque, donde las hienas puedan devorar el cadáver á sus anchas...

El pobre Mogo parecía haber perdido el conocimiento: era imposible arrancarle una palabra ó muestra de inteligencia. Le hice trasladar á su casa, junto á la lumbre, y una vez allí le exhorté é instruí, muy suscitadamente, esperando me comprendería; había resuelto bautizarle *sub conditione* cuando sucedió algo extraordinario, que notaron todos cuantos llenaban la casa. En el preciso momento en que levanté la mano para echarle el agua, brilló un rayo de luz en los ojos del moribundo, quien inclinó hacia mí la lánguida cabeza. La muchedumbre entera prorrumpió en un grito: «¡Tiene conocimiento! ¡Pide el Bautismo!» Y se lo administré complacido.

Para acabar esta historia debo añadir que Mogo no murió hasta tres días después. El día siguiente al del bautizo fué trasladado á un bosquecillo á diez minutos del pueblo, en donde se le improvisó una cama de hojas de banano, y junto á ella una hoguera. Sus hermanos no le abandonaron de día ni de noche; le asistieron hasta el último suspiro. Al tercer día murió: sus huesos descansan en el bosque esperando el juicio final.

—
Precedido de mi guía estaba ya de regreso. La lluvia persistía, pero el éxito de la expedición le tenía á aquél tan contento, que no se preocupaba de nada, antes al contrario, parecía buscar los pasajes más peligrosos y resbaladizos. Al llegar al famoso puente del torrente, le vinieron deseos de ejecutar los primeros pasos de una alegre danza, que admiré sin el menor deseo de imitarla.

Llegados á casa quise mostrarle mi satisfacción dándole una pequeña recompensa. Pero ¿qué podría ofrecerle que le fuera útil y á la par agradable? En un rincón tenía un par de zapatos viejos: pensé regalárselos; pero, dada la anchura de sus pies, le hubieran sido inútiles. Por consiguiente, había que pensar en otra cosa. ¿Cuál? Perplejo estaba, cuando él mismo, mi buen guía, vino á sacarme del apuro diciéndome, con una sonrisa tímida, como si tuviera vergüenza de tanta ambición y osadía:

«—¡Padre, regáleme V. la camisa!»

La utilidad de esta prenda no hay para que encarecerla. Bien merecida la tenía.

Me acosté por tercera vez y pude dormir.

(Continuará).

LA EXPIACION DE UN PADRE

(DIARIO DE UNA ESPOSA MODELO)

TRADUCIDA
DE LA 2.^a EDICIÓN FRANCESA

POR
M. C. G.

(Continuación)

Monte F..., 15 Abril.

Estamos en el campo. El verano último mi madre aún nos recibió en esta que era su casa. Monte F..., donde protegida por sus ojos vigilantes pasé los años mejores de mi vida, hoy nos pertenece: mi hermana vive muy lejos, y esta razón decidió á mi madre á legármelo... ¡Cuán vacías y tristes me parecen sus anchas salas! Las recorro buscando en ellas á la que he perdido. ¡Ah! y qué exacta es la frase célebre de Bossuet: «¡Ved aquí su cámara, aquí su lecho... de todo sólo queda un sepulcro, donde dicen que está ella, y donde tampoco está!...» ¡Siento la triste realidad de estas palabras! Aquí vivía mi madre añorada: á la mesa, presidiendo nuestras alegres comidas con aquella dulce paz que le caracterizaba; en el salón, dirigiendo nuestras conversaciones, feliz de hallarse entre sus hijas y rodeada de sus nietos. Me parece verla aquel último día de vacaciones, de pie en la puerta de la torre, mirándonos subir al coche. Mi hermana, que ya entonces vivía muy lejos de Monte F..., se ausentaba la primera con todos sus hijos: nosotros pasábamos unos días más: los dulces abrazos, los últimos adiós, el pañuelo agitado hasta el último recodo de la carretera: ¡con qué intensidad herían mi imaginación estos recuerdos al subir los peldaños de la torre, al alto de los cuales ya nadie nos espera! ¡Y esta mañana en la iglesita que ella tanto amaba, su puesto vacío, el reclinatorio en el que solía postrarse y orar!... Junto á ella, tan piadosa, rezaba yo muchísimo mejor. Parecíame que su fervor movía mi alma á imitarla. Al regresar del templo acostumbraba pasarse unos minutos en su cuarto. En él ¡cuán conmovedores recuerdos! Acababa de cumplir cuatro años cuando murió mi padre, y en mi memoria lo veo aquí, en este cuarto de mi madre, una tarde de otoño, en los días en que nace el frío. En la chimenea del cuarto ardían gruesos tizones. María y yo jugábamos, nuestros padres hablaban. Los recuerdo cual si fueran cosas de ayer. Hablaban de nosotras con el más vivo afecto... De entonces han pasado veinte años: una generación. Mi marido, mis hijos y yo habitamos estos lugares para cederlos pronto quizás á mi hijo ó á mi hija, y al sonar nuestra hora desaparecer. Todo pasa... sólo quedan ante Dios nuestras obras, y en el corazón de quienes nos amaron nuestro recuerdo. Mi madre vive en el nuestro. ¡Ojalá logre, como ella, vivir en el corazón de los míos! Para alcanzar tanta dicha, precisa vivir para ellos como mi madre vivió para nosotras. Cuanto ella hizo puedo hacer. Me faltan voluntad, valor y fuerzas. Dios no me negará estas gracias preciosas que le pido en mi oración de cada día.

19 Abril.

El párroco, sacerdote virtuosísimo, me ha visitado y

rogado que durante el primer Mes de María cuide del adorno del altar de la Virgen. Tengo el propósito de no dejarla nunca esta buena costumbre de mi juventud. El Mes de María es una de las devociones que más quiero. Manos, pues, á la obra. Mi gusto hubiera sido poder adornar la capilla de la Virgen sólo con flores naturales, pero el invierno ha sido riguroso y largo, y nuestro jardín no da para tanto. Voy, pues, á cortar y tejer guirnaldas de rosas y ramilletes de lirios y jazmines.

3 Mayo.

A Carlos le gusta mucho Monte F... Sueña en mejoras y embellecimientos, y consulta mi parecer. Apruebo cuanto desea. Las mejoras serán de detalle, pues mi gusto es dejar á esta casa, templo de recuerdos para mi sagrados, el aspecto que tuvo mientras vivió mi madre. Así se lo manifesté á mi esposo, quien comprende y elogia mi deseo. Cada árbol del jardín, cada sendero del bosque guarda para mí no uno, sino múltiples recuerdos. Todo me es precioso y gratisimo.

15 Mayo.

El campo vigoriza á nuestros hijos. Magdalena y su hermanito pasan el día corriendo el bosque, lo que es para ellos inapreciable ventaja. Mi hija crecía delgada y pálida. Las tres semanas que lleva en el campo la han mejorado de tal manera, que casi puedo decir es una muchacha robusta. Su alegría me hace feliz. Siente por su hermano conmovedor afecto. Los tres años que les separan serán, andando el tiempo, muy corta diferencia, pero hoy la son grande. Pretende ser la madrecita de Luis, y jugando con él está contenta y ríe. Ayer me pidió muy formal que la enseñara á leer: «Quiero aprender mucho, para ser la maestra de Luis,» me decía. Y pasa los días mirándole y entreteniéndole: se apena cuando llora, y casi siempre logra consolarle.

El carácter de Magdalena ya se dibuja con claridad: es bueno y sencillo; temo pequé por exceso, y creo que desde ahora, que es tiempo, debo vigilar esta tendencia natural.

3 Junio.

Acabo de recibir carta de mi hermana, muy satisfactoria. Anhela lleguen pronto las vacaciones, que nos reúnen dos meses en esta propiedad: su marido, muy ocupado, sólo podrá venir unas semanas. Me dice que su primogénito ha crecido mucho. Acaba de cumplir siete años. Es alumno de las Señoras de la Santa Unión, de cuyo colegio saldrá para ingresar á los Jesuitas.

10 Junio.

Carlos ha pasado la mañana cazando, y he aprovechado su ausencia para arreglar varios detalles caseros. Des-

de nuestra llegada sólo entraba en la que fué habitación de mi madre para orar, pues parecíame sentirme allí mucho más cerca de ella que en parte alguna. Hoy se me ha ocurrido abrir de par en par las ventanas de su cuarto y arreglar los muebles. Todo estaba como lo dejara mi madre cuando en Octubre del año último abandonó Monte F... Sobre la mesa su recado de escribir y algunos libros, los preferidos: la *Imitación de Cristo*, la *Vida Devota* y los *Santos Evangelios*. Tomo la *Imitación*, la abro, y atrae mis miradas una devota estampa colocada en aquellas páginas, ó para indicar la meditación preferida, ó quizás la última lectura. Leo con profunda emoción las siguientes líneas:

«¡Oh bienaventurada mansión de la ciudad soberana! ¡Oh día clarísimo de la eternidad, que no le obscurece la noche, sino que siempre le alumbra la suma Verdad, día siempre alegre, siempre seguro y siempre sin mudanza! ¡Oh, si ya amaneciese este día y desapareciesen todas estas cosas temporales! Alumbra por cierto á los Santos con una perpetua claridad, mas no así á los que están en esta peregrinación, sino de lejos y como en figura.

«Los ciudadanos del cielo saben cuán alegre sea aquel día; los desterrados hijos de Eva gimen de ver que éste sea tan amargo y lleno de tedio... ¡Oh cuándo se acabarán todos estos males! ¡Cuándo me veré libre de la servidumbre de los vicios! ¡Cuándo me acordaré, Señor, de Ti sólo! ¡Cuándo me alegraré cumplidamente en Ti! ¡Cuándo estaré sin ningún impedimento en verdadera libertad y sin ninguna molestia de alma y cuerpo! ¡Cuándo tendrá firme paz, paz imperturbable y segura; paz por dentro y por fuera; paz del todo permanente!

«¡Oh buen Jesús! ¡Cuándo estaré para verte! ¡Cuándo contemplaré la gloria de tu reino! ¡Cuándo me serás todo en todas las cosas! ¡Cuándo estaré contigo en tu reino, el cual preparaste desde la eternidad para tus escogidos!...»

4 Julio.

Ayer noche se declaró un violento incendio en el pueblo. Destruyó tres casas. Afortunadamente los habitantes pudieron huir, y no hay que lamentar otras desgracias que la miseria en que quedan estas familias: muebles, vestidos, hogar, todo se lo robó el fuego. El pueblo es de los más pobres, las víctimas del incendio familias de braceros sin recursos. Precisaba aprontar socorros, y estaba pensando qué podría hacer para estos desgraciados, cuando entró Carlos en la salita donde trabajo. Hablamos del desastre, y convenimos en dejar para otro año el ensanche del jardín, para así poder socorrer á Pedro, á su mujer y á sus hijos tanto como su extrema miseria exige. Estoy muy contenta. Pierdo unas flores, pero gano semillas que siembro en tierra que las produce inmortales...

Rebosando alegría he cortado vestidos para estas pobres gentes. Todas las mujeres de la casa hemos trabajado con empeño, y al anochecer regalábamos á las víctimas del desastre, que los recibían llorando, vestidos nuevos que les han permitido devolver los que otros pobres labriegos les prestaron. Magdalena estaba muy emocionada. Se empeñó en ayudarnos, y pues sus manecitas aun no saben coser, cuidaba de traernos el

hilo, las tijeras... en fin, evidenciaba su buena voluntad.

7 Agosto.

Ayer llegó mi hermana. Los primeros momentos fueron muy tristes. No había vuelto á Monte F... desde la muerte de nuestra madre... El afecto que nos une ayuda á consolarnos. Momentos antes de exhalar el postrer suspiro la cuya ausencia lloramos, aun nos habló de nuestra unión tan íntima: «Hijas mías, amaos siempre como os amáis ahora. Ayudaos la una á la otra, pensando en mí que tanto quiero á ambas.» Y es tan sincero nuestro afecto, que nada logrará debilitarlo. María es mi hermana mayor, tiene cuatro años más que yo. Siempre fué mi consejera, y puedo decir que guió mis primeros pasos, pues contaba mi madre, que ella me enseñó á andar y á pronunciar las primeras palabras. En el Sagrado Corazón era yo de las pequeñas cuando ella se sobresalía por su talento y aplicación. Me cuidaba, se preocupaba de cuanto me atañía, de mi salud, de mis labores, estudios y juegos, cual la más solícita de las madres. Años después, cuando completa la educación salimos del colegio, ¡qué alegría gozar los días juntas! Nunca ni la más ligera nube turbó nuestra amistad. Conocía la superioridad que sobre mí le daban, no sólo los años, sino también su talento, su amabilidad y su instrucción más completa que la mía. Siempre seguí sus consejos y procuré complacer sus deseos, ¡qué triste fué para mí el día de su casamiento! Mi madre, que era buenísima, nada omitió para consolarme de la separación de María: pero aquella intimidad tan constante, el trabajar juntas, nuestros paseos, aquella vida de hermanas que se quieren había concluido para siempre: su pérdida me causó amarga pena, de la que no acertaba á consolarme. Son, pues, para mí días felices los en que las circunstancias nos reúnen. Las ciento veinte leguas que habitualmente nos separan, no pueden salvarse con frecuencia: pero cada año durante las vacaciones nos reunimos unas semanas en Monte F... ¡Qué horas tan hermosas las pasadas hablando de cuantos amamos, de nuestros hijos por quienes vivíamos!... (1). ¡Qué contentos están de hallarse reunidos! Pasan los días en el jardín. José, Margarita y Magdalena son buenos amigos; si alguna vez ligeras nubecillas turban la buena armonía que preside sus juegos, no tardan en disiparse; se divierten, y entretienen al pequeño Marcelo que goza los privilegios de un niño de tres años. Y este mundo de cabecitas rubias y ojitos donde brilla la inocencia, siéntase á las horas de comer á nuestra mesa, excepto mi Luis, y son nuestra alegría, y mirándolos soñamos futuras horas de felicidad.

(Continuará).

(1) María de F... tenía en esta época tres hijos: José de siete años, Margarita de cinco y Marcelo de tres.

LIMOSNAS

para coadyunar á la santa Obra de la Propagación de la Fe

Para las Misiones más necesitadas

Barcelona.—Sra. Vda. Coll. 25 Ptas.

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Píno, 5, Barcelona.